

cial que guarda ahora, desde que la paz de la Iglesia, afianzadas sus raíces en el mundo, la dejó en libertad de plantear sus instituciones sociales, en el terreno que con la sangre del martirio había conquistado para la fé.

El Seminario, grandioso y elevado por la elevación y grandeza de donde brota su vida, debía igualmente serlo á los ojos de los hombres, por la magnitud del genio que fuese el primero en realizar los hechos que á su historia darian principio. Así que no era un santo notable solo por la bondad del corazón, ni de un espíritu exclusivamente ascético, el que cavó los cimientos de la institución; sino un santo de asombrosa fuerza intelectual, un filósofo portento de los siglos, que al decir de un célebre escritor contemporáneo, lo han considerado modelo cumplidísimo de lo sublime y lo patético, y visto en él uno de los admirables testimonios de aquella feliz alianza de las letras divinas y humanas, ofrecida entre otros bienes, cuando los cielos cantando la gloria de Dios en las alturas, prometieron la paz á los hombres de buena voluntad. San Agustín, que pertenece á la fulgente pléyade en que al lado de los Gerónimos y Crisóstomos, los Gregorios y los Basilio aparocen el León que desde la cátedra apostólica, arrojaba torrentes de luz, y

el Ambrosio que con su dulce fortaleza escribía el lema del cristiano: *nec terremus nec timeamus*: San Agustín, que en tan brillante grupo conserva su esplendidez fué el que mostrando cómo la escuela católica se espacia por los campos del saber, agregó á su casa episcopal el primer Seminario de la juventud.

Los establecimientos de la Iglesia revelaron en este mismo origen no serles extrañas las humanas letras; supuesto que nacían bajo la dirección acertada y vigorosa de un sabio eminente, que comprendiendo la importancia de sus estudios fundamentales, y el interés indiscutible del lenguaje, á cuyo auxilio se expresa la relación de las cosas con nuestro entendimiento; no vacilaba en llamar casi divino el poder de la gramática, por muchos relegada quizás á humilde esfera, sin recordar que la gramática así como el diccionario, consignan la manifestación de la idea del hombre, sobre la cual nada existe verdaderamente grande sino la idea de Dios. Registrando las páginas de la historia para asistir á los furiosos combates que en todas épocas libraron el error contra la verdad y el vicio contra la virtud, se encuentra en primer término como su causa, ó en último, como su resultado, el desorden del idioma, con él la confusión

de las ideas, y con uno y otro el extravío para las inteligencias de las nociones de las cosas. La observacion histórica y la filosofía se adunan confirmando el concepto de San Agustin, y del mismo modo que en los siglos antiguos el historiador romano hacia la confesion desesperante de haberse perdido los nombres exactos: *jam pridem vera rerum vocabula amissimus*; en los recientes Montaigne se apresura á calificar los tras ornos sociales, de pésimos elementos gramaticales. ¿Y en nuestros propios tiempos no hemos asistido á la funesta lid empeñada en los dominios del lenguaje, intentando apellidar Dios al mal, robo á la propiedad, tiranía al poder, bajeza á la obediencia y á la licencia libertad? ¿Y no son, agrega un Prelado ilustre que ha escrito y hablado admirablemente acerca de esta materia; no son las verdaderas ideas de autoridad, de obediencia y libertad, las cardinales de toda organizacion social, en cuyo medio debe el hombre, por su naturaleza y mientras vive, buscar el desarrollo de su ser? ¿Y la Iglesia se habituaria á permanecer indiferente en presencia de semejantes luchas . . . . .! ¿La escuela católica aprenderia á quedarse quieta al estruendo de esos choques . . . . .!

No, señores: desde S. Agustin que decia *gram-*

*maticae pene divina vis*, hasta nuestros dias, esa escuela do quier se presenta como una escuela filosófica que guarda fielmente la fuerza casi divina de todos los conocimientos humanos, que no considera sino como destellos en el tiempo, con los caractéres de lo bueno, de lo verdadero y de lo bello, de la luz eterna que viene de Dios. *Omne datum optimum et donum perfectum descendens á Patre luminum*. Para continuar las tareas primitivas, siguieron los obispos fomentando la existencia de los colegios eclesiásticos, que al fin quedó para siempre consagrada en la asamblea de santos y de sabios reunida en Trento; de la que se observa con justicia, que si ante todo no fuese respetable porque el Espíritu de Verdad la presidia, serfalo, sin embargo, por la ciencia y la piedad que reinaban en su seno: y al determinarse allí, que en cualquier parte en que hubiese una Diócesis, se levantara un Seminario para la educacion é instruccion más trascendental de la juventud, recibió la obra del Agustin, y de los concilios Toledanos desde el siglo 6.º, y de los de Tours desde la época de Carlo Magno, el sello de inmortalidad que la Iglesia imprime en sus creaciones.

¿Y cómo desde entónces creció la gloria de los Seminarios! Generalizarlos en esa inmensa

escala, era enseñar una vez más al mundo, que no hay sabiduría que al abrigo de la Iglesia no pueda y no consiga florecer, y que lejos de extinguirse, cada día que pasa da señales de robusta vida, aquel espíritu que animó á San Benito, á San Bruno, á San Bernardo para librar á los pueblos de la barbarie, y á cuyo impulso, segun afirma Chateaubriand, enriquecieron los Jesuitas el catalogo de los filósofos, naturalistas, químicos, botánicos, matemáticos, astrónomos, poetas, historiadores, traductores, anticuarios y diaristas con sus nombres imperecederos!

Es verdad que los Seminarios continúan dedicados especialmente á educar y formar ministros del Señor, á quienes dispensan con abundancia la enseñanza de las divinas letras; pero es cierto tambien, que la Iglesia veda por medio de sus leyes, la entrada del Santuario á los que permanecen extraños á las humanas. Mirad si no, al concilio de Trento, que previniendo los estudios de la gramática y las buenas letras, concede libertad al Obispo para que señale, además, las materias que los profesores deban enseñar; mirad al Borromeo que multiplica las cátedras de humanidades, de retórica y filosofía, de donde salieron alumnos que ilustraron á Italia y Alemania dirigiendo sus escuelas; mirad en Francia

la restauracion de los Seminarios, que le volvió todo su lustre, algo apagado en caliginosos tiempos, y ha contribuido en mucha parte á conquistarle el título que lleva de cerebro de la humanidad; mirad esos seminarios en que á principios del pasado siglo se abrían nuevas cátedras de ciencias exactas, de las filosóficas segun a mente de los hombres ilustres, de las jurídicas en sus orígenes y ramificaciones, abrazando el derecho natural y el de gentes, el propio de la Iglesia, el público de las sociedades y el privado de las naciones mirad á Inocencio XII, empeñoso en sostener esos estudios, sancionándolos en 1700, al cerrarse el histórico siglo XVII, con la autoridad de su Papado. La escuela católica jamás ha desconocido que entre los estudios humanos, el de las letras se realza con una importancia indiscutible, que señala á los siglos que se distinguen por la brillantez de aquellas, con los timbres de la grandeza; y hacia decir al penetrante génio del prisionero de Santa Elena: "amo las ciencias porque cada una es una hermosa aplicacion del espíritu humano; pero las letras son el espíritu humano mismo." Y los Seminarios, que aprecian la literatura como la más exacta expresion-social, y saben que cuanto más bella, elevada y verdadera sea, revela la existencia de

una sociedad mejor, han empleado y emplean una valiosa parte de su nunca desmentido celo en producir tales grandezas, á fin de que las manifestaciones del pensamiento por medio de la palabra acá en la tierra, sean dignas del divino pensamiento, fuente perenne de concierto, orden y armonía á donde únicamente deben referir su origen.

Sin duda, en los programas de los Seminarios no se designan los estudios de algunas especialidades, cuya enseñanza se dispensa en otras partes, aunque la Iglesia lleva á todas, acomodándola á las circunstancias de los tiempos y lugares, la influencia de sus ideas; pero es porque los establecimientos eclesiásticos no pretenden adquirir los títulos de un enciclopedismo que les acarrearía la nota de presuntuosos, sino que vindican únicamente para ellos, el principio de universalidad que se desprende de las nociones sustanciales de la doctrina que profesan, y liga y encadena todos los conocimientos y las ciencias todas, á una verdad absoluta y primordial. Bajo este aspecto nada hay extraño á la escuela católica en los múltiples ramos del saber humano; y los Seminarios proporcionan á cada uno ellos, conforme la exigencia lo demanda, las luces indispensables para que en su

desarrollo posterior en otros planteles, igualmente propios de una buena organización social, ninguno se separe del árbol gigantesco en que todos tienen su raíz.

No sería para mis hombros, ni oportuno después del tiempo que he permanecido fatigando vuestra atención, exponer lo que científicamente significa el programa de la escuela católica fijado en sus Seminarios; mas un escritor de nuestros días, y para honra nuestra escritor mexicano, cumplió ya esa tarea. La exposición de los principios católicos en sus relaciones con la enseñanza, obra que publicó el Illmo. Sr. Munguia á propósito del Seminario de Morelia, vale cuanto el mejor de los gloriosos títulos que inmortalizaron el nombre del autor. Igual asunto acometió Giovanni antes que cayese bajo el dominio de la fecunda pluma de nuestro Prelado; pero no llegó el Canónigo de Palermo, á remontarse á las alturas á do con su mirada de águila penetraba el Arzobispo de Michoacan. Colocado en ellas pronunció su juicio sobre las escuelas, y su poderoso acento hizo escuchar estas palabras, que pueden calificarse como el resumen de la idea desenvuelta en las páginas del libro.

"En las otras escuelas nada hay completo, en

la católica nada trunco: allá siempre mezcla de verdad y errores, acá la verdad siempre libre: allá vicisitudes continuas, aquí una marcha uniforme: allá divisiones perennes, acá unidad absoluta: allá perdurable anarquía, acá orden fijo, union constante, armonía perpetua."

Al penetrar al terreno filosófico exponiendo los principios de la escuela seminarista, el Pastor, severo é inexorable, marcó con el estigma de la reprobacion aquella filosofía que, rompiendo los lazos de la fé, habia de producir con el tiempo en México, como las produjera en otras partes, luctuosas conmociones que nos han desgarrado el ser. Esa filosofía, frente á frente de la que combate con ella desde los Seminarios, se anonada, se aniquila bajo su propio peso. "Queriéndolo conquistar todo, dice el Illmo. Sr. Munguía, la filosofía traspasó con sus pretensiones los límites de su poder natural; queriéndolo conquistar exclusivamente por sí misma, desdeñó la cooperacion de la fé, y se hizo impía; . . . sacudió las trabas de la autoridad, y se hizo escéptica; y como ni el escepticismo ni la impiedad tienen ojos para reconocer los caracteres del espíritu, la existencia y magestad de los dogmas, y la historia siempre viva de la religion y de la Iglesia, la filosofía cortó de golpe

estas triples relaciones, y reducida á elegir un objeto en que pudiera ensanchar su ambicion sin el sentimiento de su ineptitud, se decidió por el mundo corpóreo y se atuvo . . . solo á los sentidos!"

Pero basta ya, señores: dije que la gratitud no era la única razon de mi amor y mi respeto al Seminario; sino que tambien lo respeto y lo amo, porque la institucion se destaca como una figura colosal en los anales de la historia, y porque sus gloriosos precedentes responden de su imperecedero porvenir. A los hijos de esta escuela, bajo la égida de la Iglesia, nos corresponde trabajar por él.

A la obra, pues, seminaristas mexicanos! Que el espíritu nunca desfallezca al seguir el camino que teneis delante, y á cuyo término se encuentra la tranquilidad del alma que, con las delicias del saber, produce aquella paz inquebrantable, que ni las ruinas del mundo despedazado á nuestros piés, serian capaces de alterar:

*«Et si totus illabatur Orbis,  
Impavidum ferient ruinae.»*

Vosotros, los que os preparais á las augustas funciones del sacerdocio, dentro de estos muros impregnados con la fragancia de la virtud,

*«Quique sacerdotes casti dum vita manebat,»*

nada, absolutamente nada existe fuera de ellos, que os sea preciso para el tránsito del vestíbulo al altar . . . !

Y vosotros, los que en otras filas os proponéis servir á la causa de la Iglesia y de la Patria, contribuyendo en diversos órdenes al bien de los demás,

*«Quique sui memores, alios fecere merendo,»*

no creáis que más allá de este recinto, se encuentran conocimientos dignos de tal nombre, que se opongán á lo que aprendéis aquí. . . .

¿Os lo dirían acaso de las ciencias altísimas filosófico morales? Pero hasta absurdo fuera reputarlas ajenas de la institución del Seminario. ¿Se os hablará quizás, del supuesto divorcio con las letras? Decid que cuando Tissot hacia sus estudios comparados entre los poetas, vió palidecer á Homero y á Virgilio, á Sophocles y al Tasso en presencia de los cantos proféticos y al frente de Moises y de Isaias. ¿Se os hará mención de las ciencias naturales? Manifestad que no hemos olvidado, que en el Génesis está divinamente escrita, la primer página de nuestra historia.

¿Se echarán, pōr último, de menos en estas aulas, las enseñanzas que no se dan en ellas? ¡Oh es cierto! Pero añadid que aquí se forma el espíritu anticipadamente, cualquiera que sea el vuelo que haya de emprender despues, de manera que "en el órden especulativo descubra siempre la verdad, en el órden práctico encuentre siempre la justicia, y en todo se guie por la moral."

En vuestra carrera frecuentemente sereis llamados al combate; pero conservando fé en la bandera que al presente os cubre con sus pliegues, y sin dar cabida á la timidez servil que no se anida en varoniles pechos, la victoria os saldrá al encuentro. El triunfo es nuestro, y tras de las pruebas que hoy sufrimos, los errores de la inteligencia y los vicios del corazón, ocultarán su detorme aspecto ante los esplendores del bien y la verdad.

He concluido y me retiro de este sitio, llevando en el alma las gratas impresiones, que dejarán un recuerdo duradero en toda mi vida, de haber pregonado en el Seminario de la Metrópoli Mexicana, aunque con desaliñado acento, el alto nombre y elevados hechos de la Escuela á que me honro de pertenecer.

He dicho.